

CAPÍTULO III
HACIA LAS EXTENSIONES INFINITAS

1986-2004



Marcha sobre hielo: nieve profunda y niebla en la Antártida (1989).

Al fin y al cabo, las líneas aéreas no han hecho nada más que acortarnos la duración del viaje hasta una escala realmente absurda, pero no las distancias, que siguen siendo enormes. No olvidemos que una línea aérea es sólo eso, una línea y no un camino, y que, desde el punto fisonómico, somos caminantes y corredores.

Christoph RANSMAYR

DESIERTO Y AMOR

***M**i mujer y mis hijos le dan a mi vida una importante estabilidad y, sin embargo, no me he vuelto sedentario. Y es que la Antártida todavía no se había atravesado a pie, nadie había emprendido una marcha a lo largo de Groenlandia, a nadie se le había ocurrido recorrer de una sola vez el desierto de Gobi, que cubre una extensión de dos mil kilómetros.*

Una y otra vez iba hasta los últimos extremos de la civilización, tenía que aprender de nuevo a ver lo invisible, a soportar las grandes extensiones, a vivir con el frío y con el calor, del mismo modo que cuando era pequeño había aprendido a oler la roca quebradiza. Y de nuevo me guiaba por los nativos del lugar: los esquimales en Groenlandia y los tibetanos en el desierto de Chang Tang, los uigures al borde del Taklamakán y los últimos aborígenes de Patagonia. Estos guardianes de nuestro planeta se convirtieron en mis maestros, al igual que la noche ártica, la niebla, las aguas abiertas del Océano Glacial Ártico. Allí me di por vencido, me retiré, es decir, fracasé una vez más.

Pero quería volver a intentarlo. Pronto nos pusimos de acuerdo en que los meses de verano eran mejores para esta travesía que marzo y abril. Pero ¿cómo llegaríamos a ese secular glaciar central y cómo alcanzaríamos Canadá? Víctor Serov, que ha pasado muchos veranos en estaciones flotantes en el Océano Ártico, nos confirmó que en julio y agosto la superficie de deslizamiento consta de hielo y de lagos de agua dulce y que la temperatura es agradable. No obstante, a partir de mayo los canales de agua ya no se congelan y nieva mucho. Suele haber brumas incluso en verano. Víctor Boyarsky habló de los problemas que presentó la expedición con trineos de perros de 1995 y afirmó que en junio los botes se pueden arrastrar bien sobre el hielo. Acordamos la siguiente estrategia: comenzar a finales de abril o principios de mayo desde Siberia, con dos botes cargados de provisiones y combustible para cien días. En el Cabo Artichesky queríamos esperar, varias semanas si fuera necesario, a que amainara el viento del norte y no hubiera esas gruesas placas de hielo, para que el viento del sur nos llevara hacia el norte. Las provisiones necesarias hasta el comienzo de la travesía se podían comprar sobre el terreno. En julio y agosto queríamos estar en medio del Ártico. En esa estación ya se han derretido las barreras de hielo y se puede navegar a vela. Pero sabíamos que los últimos cien kilómetros iban a ser difíciles. Sin embargo, podríamos alcanzar la isla Ward Hunt girando hacia el oeste, a remo si fuera preciso. La táctica consistía en llevar dos botes con ciento cincuenta kilogramos cada uno y, en último caso, cazar focas. Al que le tocara descansar ese día, debía adelantarse para buscar el mejor camino. Los tres nos iríamos turnando: dos tiran de los trineos y uno descansa cada tres días. El equipo lo integrarían Víctor Boyarsky, Hubert y yo mismo, Reinhold Messner; logística y organización a cargo de Víctor Serov.

Pero este viaje no llegó a tener lugar. La rotura del calcáneo que sufrí al caerme de un muro en mi castillo de Juval, en el Tirol del Sur, no nos permitió intentarlo antes de 1999, y después ya no hubo tiempo suficiente. Así que había vuelto a fracasar, en la travesía del Ártico definitivamente. La pregunta era cómo enfrentarme a la experiencia del fracaso. El fracaso en sí no es lo importante. Lo que lo sigue de inmediato, la interiorización, el cuestionamiento del propio yo, así como la desesperanza, son las claves para afrontarlo. Es un nuevo comienzo y una oportuni-

dad para darse cuenta de las propias limitaciones y crecer con la duda. Mi disposición interna ha ido cambiando sobre todo gracias a mis repetidos fracasos. Y con ello no me he vuelto más blando, sino más resistente.

Y es que, al fracasar, descubrimos nuestras limitaciones. Por eso el fracaso es una experiencia más intensa que el éxito. Coronar la cumbre significa que lo has logrado, nada más; con ello desaparece el objetivo. Con el fracaso, el objetivo permanece. Puede que después venga la desesperación como necesidad de entender el fracaso, como aceptación de los propios límites. ¡Cuántas veces he fracasado!, ya cuando era un muchacho. Pero, quien nunca haya fracasado de joven, puede que más tarde no entienda la desesperación como un mensaje, como reconocimiento de la propia limitación, sino que perciba el fracaso como un callejón sin salida. Sí, hay que ir asimilando el fracaso poco a poco. Al hombre que se hunde con la primera derrota le ocurre lo mismo que al escalador que, al verse en la grieta de un glaciar, no se defiende, no se opone a la desesperación agresivamente, luchando por su vida con fuerza. Siempre que me he enfrentado a nuevos desafíos no ha sido porque fuera más ambicioso que los demás, sino porque quizás veía en el fracaso un motivo suficiente para volver a intentarlo.

- H. Se le estaban acabando las grandes montañas, había superado todos los retos. ¿Tenía la impresión de que ya no le esperaba nada importante allí arriba?
- M. Así es. Tenía que buscarme un nuevo desafío.
- H. Además se estaba haciendo mayor, y se daba cuenta de que por ejemplo alguien como Kammerlander...
- M. ...tenía más habilidad, sí.
- H. Tenía más habilidad, más elasticidad y rapidez, y mejor condición. ¿Una razón para retirarse?
- M. Eso le pasa a uno por el subconsciente, pero tenía mucha más importancia encontrar algo que me apasionara, con lo que me identificara al cien por cien, pues tras dieciocho ascensiones y treinta expediciones a ochomiles, en realidad ya no había tanta expectativa, ni esa preocupación, ni ese miedo, ni ese entusiasmo por entrar en un mundo completamente desconocido, como la primera vez que fuimos al Nanga Parbat.

- H. Una concepción romántica.
- M. En aquel momento, en 1986, al ir por los valles y desiertos del Tíbet Oriental, me di cuenta de que ésa también era una empresa difícil, agotadora, no tan fácil de superar como los ochomiles. De los ochomiles hay en primer lugar un montón de fotos, además de información sobre las vías, y por último sé cómo enfrentarme a ellos. Pero en una travesía tan larga nunca se puede predecir y calcular todo, por no hablar de lo que supone llevar consigo todas las provisiones y el combustible que se necesitan para varios meses.
- H. Se le consideraba un perfeccionista. ¿Por qué arriesgarse ahora a propósito?
- M. Siempre he buscado plantearme problemas que estuvieran por resolver. En parte me los he inventado yo y en parte me he apropiado de ellos o, si se quiere, he robado ideas.
- H. ¿No es mucho más aburrido atravesar una llanura que subir a las alturas?
- M. Sí, eso pensaba yo también al principio.
- H. Entonces, ¿dónde está el encanto de una travesía?
- M. No dispongo de ningún campamento base en el que tenga todos los recursos y al que pueda regresar para descansar o coger algo. Estoy constantemente en marcha. Tengo que reaccionar hora a hora y día a día, ir cambiando los planes con arreglo a las circunstancias. Un viaje al desierto no se puede planear tan bien como la ascensión a una montaña, y durante mucho tiempo todo depende de mí.
- H. ¿Es una manera distinta de moverse?
- M. A pie percibo el mundo de otra manera que en avión o al escalar. Al salir ya sé que el siguiente punto donde puedo volver a comprar víveres es a doscientos o cuatrocientos kilómetros. Eso quiere decir que tengo que comer todo lo que encuentre en el lugar, lo que me ofrezcan por el camino y, lo que es más importante, tengo que entenderme con los nómadas que han levantado sus tiendas en cualquier sitio. Esta gente llegaba a soltar a sus perros para que me persiguieran. En ocasiones te echan. Todo era mucho más difícil de lo que pensaba. En el Tíbet Oriental llevaba una mochila muy pesada, llena de comida, medicamentos, ropa; lo que se necesita. Mi primer alivio fue poder unirme a una caravana de yaks. Me entendía con la gente de manera muy rudimentaria, por gestos y

chapurriendo el tibetano. Lo primero que hicieron fue echar mi mochila a lomos de un yak. Me quedé con ellos cuatro o cinco días, comí y bebí té con ellos. Como recompensa les dejé una pequeña propina, también por haberme ayudado con la carga. Pero no formaban parte de mi logística, no dependía de ellos. En algún momento nos volvimos a separar, porque la caravana iba en otra dirección. Yo volví a seguir mi ruta en solitario; de lo contrario no habría regresado a casa.

- H. ¿Qué buscaba con esta expedición a pie?
- M. Para mí era un viaje de exploración en el que iba siguiendo las huellas de los sherpas. Este pueblo de montaña, que hoy habita en la región del Everest, procedía originariamente del este del Tíbet. Emigraron en el siglo XVI, no se sabe bien por qué. En una especie de éxodo, veinte mil personas y un número similar de yaks marcharon durante décadas hacia el oeste, cada vez más hacia el oeste. Al final llegaron a Nepal. Un etnólogo alemán investigó y escribió esta historia en los años sesenta. Este misterio me fascinó y quise rastrearlo a mi manera. Quería ver si todo eso podía ser cierto, así que seguí el recorrido exacto de esta emigración, el camino de los sherpas.
- H. ¿Tenía usted un mapa o sólo ese relato?
- M. Sí que tenía mapas, pero no detallados.
- H. ¿Qué le dieron de comer las gentes del lugar?
- M. *Sba*, que es carne seca; *zampa*, cebada tostada, eso me gusta. Los granos de cebada tostados al fuego se muelen y luego se enriquecen con té. Sólo comía lo mismo que ellos.
- H. ¿Tuvo algún problema de salud? ¿Diarrea?
- M. Tengo un estómago muy robusto, como de todo y también puedo estar tres días sin comer.
- H. ¿Cuánto duró la travesía del Tíbet?
- M. Meses, y este viaje parecía no querer salir bien. No teníamos permiso y al principio tuvimos que escondernos. Luego nuestro traductor y acompañante, que era tibetano, se largó; tenía miedo de que lo detuvieran los chinos. Había huido en 1959 a Nepal y era la primera vez que volvía a su antigua patria. Entonces mi compañera Sabine y yo nos separamos: yo seguí hacia el oeste, ella hacia el este. Recorrí la ruta de los sherpas por montes y valles, sin calles, sin ferrocarril, sin infraestructura, a menudo sin un camino como tal. En parte seguí rutas por las que sólo pasaba

de vez en cuando una caravana de yaks. A veces había nieve y no se distinguía ningún camino, porque hacía semanas que nadie había pasado por allí, o bien se veía en la nieve un único rastro, con lo que uno se pregunta: ¿puedo seguirlo? ¿quién ha sido el que ha pasado por aquí? Eso sí que crea expectación, es increíblemente emocionante. Una vez, tras muchos días de marcha por un paso entre montañas, encontré a un hombre dispuesto a llevarme por dinero la mochila hasta el siguiente collado. Allí quería darse la vuelta, así que tuve que volver a coger la mochila y luego bajar por la otra parte, adentrándome simplemente en esa infinita altiplanicie. Hay nieve, después un único rastro, y llego al amplio fondo de un valle, de un verde apacible. Es tarde, estoy cansado, tengo hambre y veo a lo lejos una tienda nómada, una gran tienda negra. Sin vacilar intenté ir hasta allí, me quedo a doscientos metros de distancia, hago señas. Pero la gente hace intención de soltar a los perros, unos grandes mastines del Tíbet de color negro. Así que me voy de espaldas, siempre con la vista clavada en los perros, y al final tengo que seguir mi camino. Ese día no comí nada.

- H. ¿Le afecta personalmente cuando le rechazan de una manera tan brusca?
- M. En el extranjero he de aceptar que la gente me vea como enemigo, como intruso. Nadie tiene por qué recibirme con entusiasmo, aunque puede pasar, y en dos días puedo ganarme la hospitalidad de la gente, una vez que estoy allí y soy generoso. Pero no es algo que se dé por supuesto.
- H. ¿Ayudan el dinero o los regalos?
- M. Por supuesto, lo ideal sería darles por cada comida una navaja suiza o un reloj, pero me resultaría imposible ir cargado con tanto peso.
- H. Cuando viaja por esas regiones ¿qué imagen tiene del hombre?
- M. Una persona ayuda a otra mientras se encuentre segura, sobre todo en la naturaleza salvaje. La desconfianza no es un arma, sino parte de nuestro instinto. Claro que los nativos pretenden sacar partido de ello. Mi experiencia fundamental dice que nunca hay que esperar ayuda sin dar nada a cambio. Eso mismo me pasó ya cuando bajé malherido del Nanga Parbat. Los primeros que me encontraron eran amables de verdad, pero esa gente tenía que pensar en sí misma también. En 2003, al volver allí, encontré al

hombre que fue el primero en verme en aquella ocasión. Ahora tiene 73 años. Al final le pregunté por qué me dejaron dormir al raso, debajo de un árbol, tapado con una fina manta, en lugar de llevarme a una de sus cabañas. Y me explicó que estaban seguros de que me iba a morir de cualquier manera, porque estaba destrozado y congelado. Al día siguiente intenté pedirles que me siguieran bajando, pero no lo hicieron, se limitaban a pasar a mi lado. Y sólo por la tarde, cuando ya no podía avanzar más, fue cuando me llevaron, a cambio de que les pagara en especie.

- H. ¿Cómo interpreta hoy en día ese comportamiento?
- M. Si se tiene en cuenta cómo viven, es comprensible que fueran escépticos y se dijeran que no tenía sentido ayudar. Nunca han tenido un médico ni un hospital en las proximidades. Cuando alguien está gravemente enfermo allí arriba, se muere. Seguro que pensaron que me iba a morir enseguida. Las personas no son por naturaleza buenos samaritanos, ayudan mientras tiene sentido, son observadores objetivos. Me daban de comer si yo les podía dar algo también. Si me presento en el Tíbet Oriental sin comida y sin dinero, es perfectamente posible que la gente diga: «¡Es tu problema!» Si alguien está tan loco como para ir al Tíbet Oriental sin medio de pago y sin comida, es él quien tiene la culpa de su situación.
- H. La hospitalidad sin esperar inmediatamente nada a cambio se considera un bien cultural. ¿Es verdad que le cupo esa suerte sólo en contadas ocasiones?
- M. Mi situación de aventurero es distinta a la de un turista. En Estados Unidos y en Europa la hospitalidad es algo evidente; así sucede en todas las sociedades ricas, con alguna excepción. Sin embargo, en las tierras altas de Nueva Guinea es muy diferente. En una sociedad autárquica no espero, por ejemplo, que la gente diga cuando llego como aventurero: «¡Estupendo!» Al contrario, piensan: «¿Qué se le ha perdido aquí a este extranjero? ¿Para qué tiene que pasar por esta zona?» Una aventura es un fin en sí misma... para muchos nativos, una locura. Los tibetanos se pasan toda la vida intentando únicamente sobrevivir en su región con sus yaks.
- H. Por tanto, usted no parte de una inherente bondad humana, sino de que la gente le pone a prueba.
- M. ¿Por qué no iban a mirarme con escepticismo? Son como los campesinos de Villnöss, ya lo viví de joven: «¿Para qué andan por ahí

escalando los hijos del maestro, como si no tuvieran otra cosa que hacer? Si quieren hacer esfuerzos, que vayan a cortar leña o a recoger heno a los pastos. Subir por las rocas, ¿a santo de qué?», decían. Los ganaderos del Tirol del Sur ya se mostraron escépticos mucho tiempo por lo que a mí respectaba: «El Messner está loco, está como una regadera, como una auténtica regadera». Sólo reconocieron lo que hacía cuando tuve éxito económico. Es lógico, es difícilísimo sobrevivir como ganadero. No saben de dónde saco el dinero, pero «ése se gana los cuartos» y eso lo respetan. Resumiendo, conozco a muchos escépticos que no respetan necesariamente otras actividades, pero que te ayudan cuando hay confianza, cuando la cosa se compensa. Todo eso es comprensible, humano. Cuando se han asegurado de que no se les roba, estafa o engaña, te lo dan todo.

- H. ¿Qué le aportó el Tíbet como paisaje y área cultural?
- M. Para mí el paisaje del Tíbet no tiene igual. Sobre esta región de gran altitud descansa un aire claro, como si fuera más ligero. La vista alcanza muy lejos. Pero no hay colores chillones, sólo pastel. Para mí el Tíbet es el país más hermoso del mundo, junto al Tirol del Sur, la Patagonia y Bután. Me gustaría vivir allí. Si fuera un país autónomo, me establecería allí por un tiempo para reconstruir un monasterio en ruinas, Shegar Zsoug. Está situado sobre una roca de cuatrocientos metros de altura que se alza casi en vertical, alrededor hay un paisaje desértico, la altitud es casi de cinco mil metros.
- H. ¿Vivió en el Tíbet una religiosidad básica a la que no había tenido acceso en Europa?
- M. No, pero mis principios vitales, mis leyes personales se vieron confirmadas allí. No me hice lamaísta, seguí siendo panteísta.
- H. Aparte de eso, ¿descubrió algún fenómeno del que pueda decir que debería gozar también en Europa de un carácter paradigmático?
- M. La compasión, lo que en alemán llamaríamos *mitgefühl*, «sentir con el otro». Quiere decir más bien entender al otro, y no tanto sentir lástima por él. No se trata sólo del cristiano amor al prójimo –algo que vemos como natural en nuestra cultura, aunque muchas veces sólo sea de boquilla, como ese gran patetismo de los conceptos morales aprendidos de memoria–. La compasión tiene poco que ver con la moral o con los preceptos. La gente del Tíbet no se

comporta de manera excesivamente efusiva, ni con un altruismo exagerado, sino más bien con una humanidad natural.

- H. ¿Lo podría ilustrar quizás con un par de ejemplos?
- M. Tengo un ejemplo del desierto de Teneré, aunque podría haber ocurrido también en el Tíbet. En diciembre de 2003 me uní con mi hijo a una caravana. Una tarde preparé una salsa para los espaguetis con nuestras especias y mucha mantequilla. Les di la mitad a los hombres que estaban sentados a la hoguera del campamento y aceptaron el ofrecimiento con una naturalidad que no dejaba lugar a más preguntas, sin proclamar: «¡Genial!, entonces nosotros también os traemos algo», sino con un gesto de compañerismo. De la manera más natural probaron primero si les gustaba. Tampoco nos dieron las gracias con muchas palabras, no dijeron nada y se comieron los espaguetis con mi salsa. ¿Existe una convivencia mejor?
- H. Suena a muy malos modales.
- M. Se lo comieron todo y quedaron contentos.
- H. ¿Quiere decir que el mero hecho de que se lo comieran demuestra que también les gustó, y que prefiere eso antes que alguien se levante y diga que le ha encantado?
- M. Sí. Entre nosotros se finge mucho, con falsa afectación, con artificialidad. Eso no lo conocen muchos nativos del Tíbet. Prefiero su estilo directo, aun cuando alguien llegue y diga: «Por aquí no puedes pasar, porque si no, te tumbo a golpes». Tendrá sus razones.
- H. ¿Se acuerda de más ejemplos?
- M. Del sherpa Ang Dorje y con qué naturalidad me ayudó a bajar del Kangchenjunga, después de que una tormenta terrible hiciera pedazos las tiendas. Yo no veía bien, estaba enfermo, y Ang Dorje lo entendió todo y reaccionó, a pesar de que su inglés era más que rudimentario.
- H. ¿Qué lo llevó después a la Antártida, un entorno despoblado donde su única compañía eran el hielo y las tormentas?
- M. Tenía la impresión de que esa extensión era la aventura por excelencia, esa parte de la Tierra que todavía nadie había atravesado a pie. Es decir, mi nuevo desafío.
- H. Usted dijo en cierta ocasión: «Comparado con la Antártida, el Everest es el seno materno». ¿No fue un poco exagerado?
- M. Sí y no. En la Antártida no hay peligro de despeñarse, ni aludes, y sí suficiente oxígeno. Hay grietas, pero no inclinadas pendien-

- tes. El resto son unas dimensiones que nadie se puede imaginar, todo es muchísimo más grande. Allí una tormenta hace más daño, y nunca puedo decir: «Mañana me bajo». Uno no se puede rendir o darse la vuelta cuando se está en ello, como sí ocurre en la montaña.
- H. Scott dijo sobre la Antártida: «Una muda inmensidad azotada por el viento».
- M. Sí, una declaración estéril. Cuando me estaba preparando para la expedición, me imaginaba un frío extremo y traté de adecuar el equipo a ello. ¿Qué comemos? ¿Cuántos kilos por día? ¿Y cuántos kilos de combustible necesitamos para calentarnos? Sabía que la distancia era larga, como de Berlín a Moscú y volver, quizás incluso más. Y siempre haría frío, de 30 a 40 grados bajo cero, con nieve y tormentas frecuentes. Lo que no me podía imaginar –por suerte para mí– era la fatiga que suponía tirar con ese frío de un trineo de tales características. No se desliza, la nieve es como la arena. Arrastrar un pesado trineo a través de un terreno hostigado por el viento es una tortura inigualable.
- H. ¿Por qué es la nieve mucho peor?
- M. Porque es muy seca. La nieve frena el trineo, los esquís y por tanto el avance. Pero sin trineo en la Antártida estoy perdido. Es mi casa, lo es todo, sin él estaría muerto, así que tengo que llevarlo a rastras. Significa carga y seguridad a un tiempo. A una temperatura de 50 grados bajo cero, el trineo se mueve medianamente bien. Si encuentro superficies heladas, va mejor. Aun así, prácticamente cada paso es un suplicio. En estas condiciones, el arte consiste en encontrar un ritmo, dejar la mente en blanco y no pensar que cada paso es sólo uno de cien millones; pero ciertamente no es fácil. Pensar justo ese tipo de cosas fue el problema de mi compañero, Arved Fuchs. No fue capaz de adaptarse a otro mundo después de haber estado varios meses antes en el polo norte. Arved había alcanzado el polo norte, aunque recibiendo mucha ayuda aérea, pero ahora continuaba el tormento. En el polo norte llegaba casi todas las semanas un avión con provisiones. A lo mejor pensó que en la Antártida el esfuerzo iba a ser parecido. Pero si uno ya empieza a pensar desde el principio que todavía quedan tres meses, está perdido. En una aventura así siempre pienso en el hoy, en la etapa diaria, y me olvido de mí mismo. Observo la luz, que suele ser muy hermosa; hay tonos grises, verdosos y amarillentos,

según la posición del sol y el tiempo que haga. Si el tiempo empeora, todo se vuelve gris. Con las ventiscas de nieve ese mundo es casi negro, oscuro, tan oscuro que incluso en medio de la tormenta no se pueden llevar gafas. Pero cuando se está de lleno en ello y se tiene una concentración absoluta, hay que borrar el mañana y el ayer, estar caminando en el ahora, sin noción del tiempo y como en otra dimensión.

- H. ¿Cómo soportó el frío?
- M. El frío no es gran problema. Aunque siempre estaba cubierto por una coraza de hielo y carámbanos, sobre todo de la barba, nos encontrábamos continuamente en movimiento, o en la tienda. Superamos el frío andando o vivaqueando, dentro de la tienda, en el saco de dormir. Así que hay que andar y andar, descansar brevemente para no enfriarse, y seguir adelante.
- H. ¿Cuánto pesaba su trineo?
- M. Cuando empezamos la marcha, mucho más de cien kilos.
- H. ¿Qué ocurre cuando uno entra con ese peso en un sastrugi, uno de esos afilados oleajes de nieve arremolinada que abundan en la región?
- M. A veces ni siquiera podía tirar solo del trineo, era imposible avanzar con los esquís. Entonces recorríamos cinco o seis kilómetros al día. Dicho sea de paso, Scott y su equipo sólo consiguieron, al final de su viaje infernal, avanzar dos kilómetros al día. ¡Dos kilómetros! Había 50 grados bajo cero, el siguiente gran depósito de alimentos, con una tonelada de víveres y combustible, todavía estaba a once millas de distancia. Allí había provisiones para todo el invierno, quizás habrían podido sobrevivir en aquel lugar, simplemente encerrarse, construir un palacio de hielo, dormir, cocinar y calentarse. Pero estaban tan extenuados que terminaron haciendo sólo dos kilómetros al día, al final del todo ni siquiera eso. Se quedaron en la tienda y murieron, porque sabían que los alimentos y las energías ya no llegaban para recorrer una distancia de once millas. Nosotros hicimos a veces en la última fase entre cuarenta y cuarenta y cinco kilómetros al día; claro que teníamos reservas y estábamos en la estación *cálida*, no en invierno como Scott. Pero cuando estás tan agotado que no puedes hacerte un té y ya no hay reservas para calentarte por la noche, no consigues hacer ni siquiera dos kilómetros al día. La distancia que te queda parece infinita, y te vienes abajo con ese problema. Si al comenzar la travesía de la

- Antártida hubiera pensado que teníamos que aguantar ese suplicio durante noventa días, me habría desesperado. Pero pasada una semana ya era más fácil y seis semanas después habíamos recorrido la tercera parte de la distancia, y en el polo ya tenía claro que lo íbamos a conseguir, que era la mayor aventura que me quedaba por hacer.
- H. Los trineos, además de pesar mucho, debieron de ser también un instrumento de tortura. ¿Tenían cardenales y llagas de tirar del trineo?
- M. El problema está en que el trineo ejerce una enorme presión sobre las plantas de los pies y así aparecen fácilmente ampollas. Por suerte a mí no me salieron.
- H. Pero su compañero tuvo que sufrir mucho.
- M. A Arved Fuchs le salieron unas ampollas tremendas. Sin embargo, apenas se quejó, apretó los dientes y siguió adelante. Uno no puede quedarse parado y darse de baja, entonces la expedición estaría perdida. Teníamos que continuar. La caravana debe seguir su camino constantemente, es su ley interna. No hay vuelta de hoja. Pero Fuchs, tácitamente, sólo se sentía capacitado para continuar la expedición hasta el polo sur. Por eso al principio sólo quería recorrer distancias cortas, para proteger sus pies.
- H. Él ya no quería seguir. ¿Hablaron de ello?
- M. Sí. Después de dos semanas empezamos a hablar del tema. Íbamos demasiado lento.
- H. ¿Cuál era su actitud?
- M. Fuchs creía que de todas maneras no teníamos perspectivas de recorrer la distancia entera. Íbamos demasiado despacio; según él, la nieve era muy mala. Estaba convencido de que no lograríamos pasar del polo. Por eso quería salvar al menos la ida, desde el punto de partida hasta el polo. En cualquier caso, allí llegaría un avión, nos rescataría y listo. Igual que en el polo norte, donde, con un equipo internacional, también fue rescatado tras recibir seis veces aprovisionamiento por vía aérea.
- H. ¿Usted lo entendía?
- M. No. Desde el punto de vista logístico, yo lo había preparado todo como una travesía. Había procurado el dinero, mucho dinero, y había trabajado meses enteros en ese proyecto. Seguía pensando que era posible. Por eso quería atenerme estrictamente a lo que habíamos convenido: día tras día, al menos treinta kilómetros por jornada.

- H. ¿Cómo describiría la relación entre Fuchs y usted?
- M. No hubo tensiones durante el viaje. Bien es cierto que él quería ir a una velocidad y yo a otra, pero sólo había una solución: seguir adelante.
- H. Iban a distintos ritmos, a veces usted le sacaba una hora. ¿No es asombrosa la paciencia que tuvo Fuchs?
- M. Es un hecho que unos caminan más rápido que otros, no es ni positivo ni negativo. Cada persona tiene su propio ritmo de marcha ideal, una velocidad a la que se cansa menos. Si tengo que ir detrás de alguien que no lleva mi velocidad ideal, me canso enseguida, mucho antes que si voy a mi ritmo. Fuchs y yo teníamos ritmos completamente distintos. Yo no quería ser más rápido, sólo iba a mi velocidad preferida. Si hubiera marchado todo el tiempo detrás de Fuchs, me habría cansado rápidamente, pues frenar también cuesta energía. Habríamos avanzado mucho menos.
- H. Y, sin embargo, debe de ser insoportable que uno siempre se adelante.
- M. Sí, eso también es verdad.
- H. Se enfadaría muchísimo.
- M. Claro, pero ¿qué podía hacer yo? ¿rendirme con él en el polo sur?
- H. ¿Mostraba Fuchs su rabia?
- M. No, no mucho.
- H. ¿Volvieron a hablarlo entonces?
- M. Hablábamos todos los días, siempre que volvíamos a reunirnos, durante el descanso, en la tienda. Sólo discutimos una vez.
- H. ¿Cuándo fue eso?
- M. A unos setecientos kilómetros del final, en Gateway. Fuchs estaba dispuesto a abandonar, porque no quería ir tan rápido como yo consideraba necesario. Así fue desde el principio. En la primera fase no habíamos alcanzado la velocidad necesaria para atravesar la Antártida. Protesté, a lo que él dijo: «¿Por qué vamos a matarnos, si de todos modos no lo vamos a conseguir?» Primero se me ocurrió la idea de seguir yendo delante y aumentar mi velocidad. En esa fase acordamos marchar seis horas al día; más tiempo no quería él. Me parecía muy poco, y durante esas seis horas según mi reloj, me adelantaba a mi ritmo para poder recorrer el mayor número posible de kilómetros. Para mis seis horas, sin contar las pausas, Fuchs necesitaba siete horas y media. Y durante esa hora y media

que lo esperaba, en las pausas, me congelaba. No era bueno para ninguno de los dos. Además en seis horas sólo recorriamos veinte kilómetros, a veces dieciocho o veinticuatro. Así que propuse reducir el peso de su trineo hasta que alcanzamos la misma velocidad de marcha. La condición era que Arved tenía que seguir caminando las siete horas y media que había necesitado siempre para mi etapa diaria. Y yo me adelantaba a mayor velocidad que hasta entonces. El primer día ya conseguimos hacer treinta kilómetros con este método.

H. Pero Fuchs debía de tener los pies completamente destrozados, con ampollas en las que se congestionaba la sangre y no salía.

M. Con el tiempo sí salió el líquido gota a gota. Tenía callosidades por debajo de la piel. Por supuesto que para Arved era doloroso caminar, siempre lo elogí por ello. El que soportara esos dolores demuestra su capacidad de sufrimiento. Pero nosotros queríamos cruzar la Antártida, no ir de paseo. No me importa admitir que de vez en cuando me comporté de forma inhumana. Pero lo que no soporto es que después se hiciera el gran héroe de la Antártida y le diera la vuelta a todo. Eso me molestó. En la Antártida fui todo el tiempo hasta cinco kilómetros por delante para terminar la expedición con éxito. Puede que Arved se adelantara también diez kilómetros, pero seguro que ni la centésima parte del tiempo. Todo eso no tiene importancia. Fue el representante de Arved el que jugó a hacer declaraciones falsas *a posteriori*. Nos pusimos en marcha en noviembre, y sabía que por Navidades teníamos que estar en el polo si queríamos llegar a McMurdo a mediados de febrero. Si hubiéramos llegado al polo en enero, no habríamos podido seguir adelante; ya habría entrado el invierno. Por eso le repetí insistentemente a Fuchs que teníamos que llegar al polo antes de que acabara el año. Aunque él decía que no era posible, lo fue. Le admiro, icon esos pies! Si lo hubiera echado todo por tierra, yo también habría tenido que abandonar. Arved sabía navegar y tenía más experiencia en hielo que yo. Al final la historia terminó de una forma relativamente pacífica, pues ideé un truco psicológico para llevar a Fuchs al polo. Le decía: «Si establecemos menos días de descanso y marchamos también ocho o nueve horas al día, llegaremos al polo antes de que acabe el año. Nadie ha alcanzado ambos polos a pie en el mismo año, el norte y el sur». Le seguía instando: «Tú serías el primero en conseguirlo. En

mayo estabas en el polo norte y ahora luchas por llegar al sur». Claro que Arved protestaba y me llamaba ambicioso, pero al final quitamos días de descanso para poner en su lugar horas de marcha. Llegamos al polo sur el día de Nochevieja. Hoy su éxito figura en el libro de los récords, en todos los libros de Fuchs. Él es y seguirá siendo el primer hombre en alcanzar los dos polos a pie en el mismo año. Pero mis ambiciones no eran las suyas, mi intención era otra: si llegamos al polo sur antes de que acabe el año, seguimos. Y lo hicimos. Después sólo hubo otra crisis, cuando apenas faltaban dos semanas para llegar al mar. Habíamos reducido la marcha de forma preocupante.

H. Algunas personas del entorno de Fuchs afirman que fue él quien marchó por delante y tiró de usted.

M. El representante de Arved creyó poder darle así la vuelta a la historia. Fuchs era el que navegaba y normalmente el que navega va delante. Pero diariamente Fuchs me daba a mí los datos y yo me adelantaba con el número de marcha en la brújula esférica que llevaba colgada al pecho. Así día tras día. No me adelantaba para ser más rápido, sino para salvar la expedición. Tenía que andar apremiándole constantemente, espoleándole. Yo también habría preferido que el otro hubiera asumido la iniciativa y hubiera dicho: «Hoy marchamos ocho o diez horas o navegamos mientras dure el viento, si es necesario durante todo el día, hasta bien entrada la noche». Pero Arved no lo habría resistido, por eso yo tampoco le reproché nunca nada. Vuelvo a decir que no tiene ninguna importancia. Si Holger Hansen no hubiera divulgado lo contrario de lo ocurrido, yo no habría dicho nada sobre esas insignificancias. Lo único que hice fue insistir. Teníamos que sacar día a día lo mejor de nosotros e intentar, a pesar de todo, acabar con éxito. Y al final lo logramos. Sólo en la última fase fue cuando me impacienté de verdad. Después de alcanzar el polo volvimos a ralentizar la marcha. ¿Por qué? Porque no podíamos navegar tanto, porque hacía un frío extremo, porque había que cruzar varios glaciares. Al final tuvimos en Gateway la única auténtica discusión. Ahora estábamos a poco menos de setecientos kilómetros de la costa. Ante nosotros, más hielo llano y nieve. Y sólo nos quedaban dos semanas, para setecientos kilómetros. Dijo Fuchs: «Aquí acaba la tierra firme, por debajo de nosotros está el mar». Con eso, para él la travesía de la Antártida había llegado a su fin. Pero no para mí.

—Aquí me quedo, ya no sigo más.

—Yo sigo, voy hacia McMurdo. No podemos quedarnos aquí.

Llegamos incluso a gritarnos, y al final le dije:

—Entonces quédate tú, ya vendrán a buscarte en cualquier momento. Yo sigo solo, me llevo mi trineo, la mitad de las provisiones, la mitad del combustible. Quédate tú con la tienda, no la necesito, dormiré en el trineo. Voy hasta el mar.

Hasta mediados de febrero el proyecto era perfectamente posible, realista. ¿Por qué se tenía que quedar allí? Le había hecho caminar más de lo exigible, nunca cedí a hacer una pausa, nunca ralenticé la marcha, siempre había seguido tirando de ambos.

H. ¿Se trataba otra vez de uno de sus trucos psicológicos?

M. No. Sabía que era posible, sólo que Arved era un terco. Estaba claro. Y entonces nos pusimos en marcha. Dos días después ya no había dificultades, ni glaciares, ni grietas, sólo de vez en cuando una tormenta. Estaba lejos, muy lejos, pero no como para perder todas las esperanzas.

H. ¿Pudieron poner las velas por fin?

M. No. Era un tramo ideal para navegar, pero el mal tiempo no nos lo permitió. Teníamos que marchar entre diez y doce horas al día. A ello se sumaba el hambre; los alimentos estaban racionados. Perdimos masa muscular, se nos llegaron a atrofiar los músculos. Al final salíamos muy temprano y caminábamos dos o tres horas sin parar. En las pausas dejaba que Arved se me acercara a cien metros y después seguía, siempre un poco por delante, hasta el atardecer. Protestaba, pero aun así aguantó. Todavía hoy me asombra que resistiera esa ruta a pesar de sus problemas. Tiene un mérito increíble.

H. Un silencio glacial, ¿no?

M. No quedaba más remedio. De esta forma llegamos al 13 de febrero.

H. Sin embargo, tampoco fue el principio de una gran amistad.

M. No, pero nuestra asociación de intereses se mantuvo hasta el final. Hay que tener en cuenta que yo entonces no sabía navegar. Al principio invité a unos cuantos escaladores a esta travesía. Desde el punto de vista económico, estaba todo en regla, podía financiar la expedición. El otro debía aprender a navegar y asumir así una parte de la responsabilidad. Es importante atribuir responsabilidad al compañero en rutas tan largas, tiene que sentirse irremplazable, imprescindible. Pero ninguno de mis compañe-

ros de montaña estaba dispuesto a acompañarme. Uno decía que era aburrido, el otro que demasiado lejos. Y casi nadie tenía tanto tiempo. La constelación Fuchs-Messner era acertada, hoy lo sigo diciendo. Éramos la cordada ideal, a pesar de nuestras divergencias o justo por eso.

H. ¿Porque así tenía a alguien con quien reñir?

M. Arved suponía el freno adecuado, y yo quizás el impulso necesario. A su ritmo nunca habríamos llegado y es seguro que sólo con mi insistencia nos habríamos agotado antes de tiempo. En la suma de nuestros caracteres y actitudes residió nuestro éxito, e incluso nuestra buena armonía.

H. La asociación de intereses perfecta.

M. ¿Cuál es la asociación de intereses perfecta? Como amigos nos habría resultado más fácil, sobre todo después. Fue una buena asociación de intereses, no me gustaría haber dejado pasar la experiencia. Sin el apéndice de su representante, Arved Fuchs me sigue gustando. Como compañero de expedición es comprensivo, tranquilo y resistente. Conoce su oficio. Nunca le he guardado rencor por no haber marchado siempre con la rapidez necesaria.

H. ¿Cuánto tiempo hace que no habla con él?

M. ¡Uf! Años.

H. ¿Con qué otros antiguos compañeros se sigue hablando? ¿O cuáles de sus antiguos compañeros se siguen hablando con usted?

M. Ahora he vuelto a quedar a menudo con Peter Habeler. Nos hemos hecho mayores.

H. ¿Y en el caso de Fuchs?

M. Cuando volvimos a casa no estábamos enfadados, hicimos todavía algunas apariciones conjuntas por Europa. Pero después leí en el diario alemán *Bild* que Fuchs era el que había tirado de Messner, que todo lo que había aparecido en el *Spiegel* era mentira. ¿Debía contestar? Corté el contacto con él.

H. ¿Cuáles fueron las principales experiencias nuevas que se llevó de la Antártida?

M. Lo más importante era que había salido airoso de un nuevo reto. Y el siguiente iba a ser el polo norte, una expedición similar, con la única diferencia de que esta vez no quería recibir ningún tipo de ayuda aérea. Por tanto, me hacía falta un nuevo compañero. Me dije que, con cincuenta años, necesitaba un médico, porque a los cincuenta uno empieza a debilitarse, ya no se está tan ágil.

Le pedí a mi hermano Hubert, que es médico, que fuera preguntando si tenía algún colega con el tiempo, la capacidad y la resistencia necesarias para hacer conmigo una cosa así. Sólo tres semanas después vino Hubert y me dijo que le gustaría hacerse cargo a él mismo. Pero antes de arriesgarme a emprender con él una expedición como la travesía del Ártico, teníamos que hacer un recorrido de prueba, también para ver si seríamos capaces de superar juntos una aventura tan dura. Elegimos Groenlandia. Nuestro objetivo era atravesar Groenlandia a lo largo, desde el extremo suroriental hasta el extremo noroccidental, es decir, en diagonal. Eran aproximadamente dos mil doscientos kilómetros hasta Thule. Nada más empezar nos sorprendieron unas tormentas terribles, que nos retuvieron en la tienda seis días en total. Estuvimos a punto de retirarnos, de darnos la vuelta, como ya había hecho yo el invierno anterior. Sin embargo, seguimos adelante. El tiempo no mejoró, pero solía haber viento favorable para navegar.

- H. ¿Eso quiere decir que allí perfeccionó su técnica de navegación?
- M. Hubert esquiá muy bien, estupendo, mucho mejor que yo. Pronto recuperó la ventaja que le sacaba por mi experiencia, y éramos el equipo de navegación ideal. Yo iba navegando por delante con la brújula, Hubert me seguía sin perderme nunca de vista. Como él iba detrás, era el que dirigía cuando había niebla. El que mejor navega o esquiá siempre tiene que ir detrás cuando hace mal tiempo, si se quiere ir deprisa. Nuestro método consistía en navegar hasta que no aguantáramos más el frío. Hizo continuamente un tiempo tempestuoso y frío, casi siempre con niebla. Sólo aguantábamos unas cuantas horas de navegación.
- H. ¿Qué hacían para no enfriarse demasiado?
- M. Caminábamos unas cuantas horas para calentarnos. Después volvíamos a navegar. Caminar, navegar, volver a caminar, entre dieciocho y veinte horas seguidas, ¡agotador! Al navegar nos quedábamos fríos, al tirar de los trineos volvíamos a entrar en calor. Con este método avanzamos muy rápido, incluso ciento cincuenta kilómetros al día, siempre sin parar. Nos pasamos las semanas navegando y caminando, y cubrimos unas distancias... Como máximo ciento ochenta kilómetros de una vez. En conjunto todo marchó perfectamente, quizás incluso demasiado bien. Hubert tenía una condición buenisima. ¡Un viaje increíble, un

buen momento para los dos! ¿Puede que este éxito nos proporcionara un exceso de confianza? Sí, al fin y al cabo habíamos recorrido una distancia de dos mil doscientos kilómetros en treinta y cinco días.

- H. Una vez el viento les arrancó una vela y se la llevó para siempre. ¿Vieron peligrar el éxito de la expedición? ¿Qué hicieron?
- M. Cuando perdimos esa vela, enseguida pensamos que se había acabado nuestro juego de caminar, navegar y caminar. Sin embargo, salimos de apuros –iteníamos que seguir! – con más esfuerzo y menos peligro, pues al ir navegando con niebla nos podíamos perder de vista en un momento. ¿Qué hacer? Cada uno teníamos dos velas, dos grandes y dos pequeñas en total. Navegar con velas distintas significa separarse enseguida. Pero era demasiado peligroso izar las velas grandes con viento fuerte, así que fuimos a remolque con una sola vela grande: yo delante con mi trineo, detrás Hubert con el suyo.
- H. ¿Qué quiere decir exactamente cuando afirma: «El ritmo al que avanzamos nos proporcionó un exceso de confianza»?
- M. Quien pone a prueba los límites de lo posible, vive constantemente entre los reveses y la confirmación. Llevamos en conjunto, a pesar del mal tiempo, un ritmo formidable. Atravesamos Groenlandia en diagonal, a lo largo y a lo ancho, más rápido que la mayoría de los que lo hicieron por el trayecto corto y también navegando en parte. Este éxito nos puso eufóricos. Con esto ya estábamos bastante seguros de salir airosos en nuestro siguiente proyecto, los dos mil kilómetros desde Siberia hasta Canadá, sin mayores dificultades.
- H. Por tanto, tras el rápido éxito en la travesía de Groenlandia, planearon su próxima aventura, la travesía del polo norte.
- M. Sí. En 1995 queríamos llegar al polo norte saliendo de Siberia y atravesando la banquisa ártica, y luego seguir hasta Canadá. Son dos mil kilómetros en línea recta, a través de la peor banquisa de la Tierra, a lo que se suma la deriva. Este proyecto era una de las últimas historias abiertas y, por lo tanto, un gran desafío. Nadie había conseguido hasta el momento realizar esta travesía del Ártico sin ayuda aérea. Justo eso era lo que queríamos intentar.
- H. ¿Qué espesor tenía allí el hielo?
- M. En el medio, dos metros, pero en los márgenes, desde donde salimos, el hielo no tenía entonces ni veinte centímetros de espesor.

- Sólo soportaba como máximo el peso de uno de nosotros. Eso quiere decir que todo se tambaleaba, oíamos el agua por debajo de nosotros. La costra de hielo se hundía y se elevaba. Era como una manta de hielo. Caminar por hielo tan fino es una sensación extraña, pero uno se acostumbra a ello. En cierto modo seguimos teniendo la impresión de que el hielo estaba vivo.
- H. ¿Cómo puede ser que se tambalee un hielo de veinte centímetros de grosor?
- M. No es un hielo como el nuestro, no es un hielo de agua dulce, sino de agua salada, heterogéneo y blando, como una masa sólida de pequeños trocitos. No es una superficie helada como la de nuestros lagos en invierno. Hay bloques tan grandes como un campo de fútbol y bastante estables. Otras partes son grises, hielo nuevo de apenas cinco centímetros de espesor, en franjas tan anchas como una calle. Entre medias hay surcos, pequeñas grietas que hay que intentar salvar continuamente. No se puede ir por el agua. Nuestro problema fue el choque de las placas de hielo: el incesante viento del norte empezó a provocar que el hielo se moviera, y naturalmente también el agua por debajo. Este viento se fue intensificando hasta convertirse en tempestad y cometimos el error de seguir adelante. En lugar de retroceder y esperar a que amainara, marchamos hacia el norte en contra de la tormenta, con una temperatura de 50 grados bajo cero, en la noche ártica. De esta manera nos encaminamos a la ruina. Así de simple, porque a la segunda noche el hielo que nos rodeaba se cerró como un acordeón.
- H. Usted no sabe nadar.
- M. Tampoco me hacía falta, porque llevaba un traje tan grueso que no me habría hundido. El empuje basta para mantenerse en la superficie. El problema es que, cuando se sale, uno se queda hecho un bloque de hielo, y al cuerpo le cuesta y le hace perder mucho calor hasta que se deshace.
- H. ¿Representaban también un peligro los osos polares? ¿Llevaban una escopeta?
- M. Por supuesto, incluso ahuyentamos a un oso con la escopeta, nada más empezar. Era listo, el animal. Se escondía y se asomaba por detrás de las barreras de hielo tapándose la nariz con la garra. Los osos polares ocultan la nariz porque ese punto negro es lo único que los puede delatar en ese entorno de un blanco deslumbrante.

- ¡Increíbles estos animales! El oso anduvo rondando en torno a nosotros para atacarnos por detrás. Nos costó mucho saber dónde estaba.
- H. ¿Le dispararon?
- M. No, no, eso es muy peligroso. Disparamos al aire proyectiles luminosos con la Winchester.
- H. ¿Y eso lo impresionó?
- M. Entonces se irguió sobre las dos patas. El oso o la osa debía de medir entre 2,50 y 2,80 metros y pesar quizás entre cuatrocientos y quinientos kilos. Un animal impresionante. Por suerte le dieron miedo los cartuchos luminosos.
- H. ¿Qué tal se entendieron Hubert y usted?
- M. Muy bien. Hubert y yo habíamos realizado unas diez expediciones juntos, aunque él nunca con aspiraciones a la cumbre, sino que había sido siempre el médico de la expedición. Esta vez era miembro de pleno derecho del equipo, es decir, la responsabilidad era recíproca. Sólo hubo dos momentos de peligro, uno al principio, ya en los primeros días, y el otro al final del viaje. Nuestras expediciones anteriores siempre le habían gustado mucho, y quería acompañarme sin falta al polo norte. Al principio me opuse, porque tenía miedo de que mi madre sufriera demasiado. Nuestro otro hermano, Günther, había perdido la vida en el Nanga Parbat. Después del viaje a Groenlandia pensaba que lo conseguiríamos. Juntos funcionábamos de maravilla, así que nos arriesgamos. Hubert fue juntando las vacaciones y se tomó tres meses libres. Empezamos en Siberia. Aparte de nosotros había otra expedición, aunque ellos querían intentarlo con trineos de perros y una docena de depósitos. Salieron el mismo día que nosotros, pero desde otro sitio. Sabían cuál era el mejor recorrido, puesto que lo habían sobrevolado antes con el helicóptero. A pesar de ir por mejor ruta, unas horas más tarde retrocedieron con los perros, mientras que nosotros, con nuestro exceso de confianza, seguimos luchando contra la tormenta. Así fue como nos encaminamos a la ruina. El hielo que nos rodeaba cedió, se abrió. Un cinturón de hielo de ochenta kilómetros de ancho quedó convertido en barreras de hielo, se cerró como un acordeón. Las placas de hielo se montaban y se deslizaban unas debajo de otras. En medio, agua abierta. El caos en estado puro.
- H. Los sorprendió en mitad de la noche. Estaban en la tienda, el reloj marcaba las tres menos diez.

- M. Se oían estruendos, sacudidas y martillazos en el hielo, como en una fábrica metalúrgica, hasta tal punto que no éramos capaces de entender lo que decíamos.
- H. Y entonces miró a Hubert. ¿Le entró el pánico a su hermano?
- M. Hubert se asomó inmediatamente y dijo: «Grietas por todas partes, se abren grietas por todas partes». Salimos al instante e iluminamos con la linterna las inmediaciones, pero no vimos mucho. Entonces nos dimos cuenta de que el lugar en el que nos encontrábamos se estaba hundiendo. Arrastramos la tienda, tal como estaba, a una isla de hielo más grueso y llevamos allí los trineos. Así estuvimos toda la noche: levantando la tienda y arrastrando las cosas, y volviéndola a cambiar de sitio para ponerla más lejos. En éstas no sólo perdimos uno de los trineos, Hubert se cayó al agua.
- H. Así que usted pensó: «¡De ésta ya no sales!»
- M. Esa noche sólo pensábamos que si salíamos de ésta, ya no volveríamos a hacer una cosa así, nunca más banquisas. Después retrocedimos en dirección a la costa y, cuando estuvimos en hielo medianamente seguro, enviamos vía satélite una señal de socorro. No teníamos comunicación por radio ni teléfono, tan sólo un transmisor Argos, el mismo aparato que se implanta en las ballenas cuando se quiere realizar un seguimiento. El transmisor Argos funciona a través de un sistema de satélites francés cuya central está en Toulouse, Francia. Con quince botones teníamos una especie de alfabeto morse, entre otras cosas una señal para indicar la presencia de osos polares. La primera tarde nos acechó un oso, así que habíamos transmitido: «Nos persiguen los osos polares». Así pasó la noticia a los periódicos: los Messner han sido agredidos o devorados por los osos.
- H. ¿Cómo los rescataron?
- M. Los rusos que nos habían llevado aparcaron el helicóptero en la estación ártica más próxima para un caso de emergencia de este tipo. Esas medidas de precaución formaban parte de mi logística, así que enviaron el helicóptero. Nos hallaron enseguida.
- H. ¿Dónde se encontraban?
- M. Estábamos en la tienda cuando lo oímos, y salimos de inmediato.
- H. ¿Esperaban un helicóptero dentro de la tienda mientras fuera se hundía el mundo?
- M. A 50 grados bajo cero uno no puede andar esperando fuera media hora. Se puede caminar, hacer algo, tirar de un trineo. Pero si te

- quedas ahí parado, después de media hora tienes tanto frío que no dejas de tiritar. Luego empieza a entumecerse todo, ya no se puede cerrar la boca, y después llega la muerte por congelación. Un poco peligroso el asunto.
- H. ¿Hubert incluso se cayó una vez más al agua?
- M. Sí, todo eso ocurrió en esa misma noche. Perdimos un trineo y Hubert se cayó al agua. Le ayudé a salir. Llegó a la tienda como un auténtico bloque de hielo.
- H. ¿Qué trajes llevaban?
- M. Llevábamos puestas tres capas, fuera un mono de pluma muy grueso. Sólo por los tobillos y por la cremallera podía entrar un poco de agua.
- H. Antes no había pedido socorro en ninguna ocasión. En esta expedición fue la primera vez. ¿Sintió que una época llegaba a su fin?
- M. ¿Socorro? Llamamos a nuestro helicóptero, que estaba allí estacionado como parte de nuestra logística, más o menos. Tenía que esperar en la última estación, siempre preparado para salir, hasta que hubiéramos llegado al centro de la banquisa. Eso era lo que había estipulado con los rusos en el contrato de expedición. Así que cuando nos pusimos en marcha, el helicóptero seguía estando a nuestra disposición. Sabía que la mayor dificultad se presentaría al principio. No obstante, solos no habríamos vuelto esta vez.
- H. Aun así, dependió de la ayuda de otros para sobrevivir. ¿Qué significó esto para su espíritu de Sigfrido, aquel héroe germano, casi invulnerable?
- M. Mi joven espíritu sigfridiano ya lo había perdido en 1970, con la tragedia del Nanga Parbat. Y entonces, después de ser rescatados, volvimos a jurarnos: «¡Nunca más! ¡Nunca más banquisas!» Sin embargo, cuatro semanas más tarde iniciamos la marcha hacia el polo desde una estación flotante en medio del Océano Glacial Ártico. No fue nada de particular, pero sentía que el tiempo de las expediciones extremas ya empezaba a tocar a su fin. Ahora tengo sesenta años, la edad a la que otros se jubilan, y hace muy poco he emprendido una travesía longitudinal del desierto de Gobi.
- H. Para la que calculó dos meses.
- M. Había contado con seis u ocho semanas, pero fue más rápido, no sin dificultades, pero sí mejor de lo esperado. Al principio fui cabalgando, en caballo y en camello, al final me ayudó la policía fronteriza mongola. Dos veces llegué al límite de mis capacidades: en el

sur del Gobi, tras marchar trescientos kilómetros sin encontrar agua, y al final, cuando regresaba por la cordillera de Altái al corazón de Mongolia. Estaba completamente agotado. Ahora me declaro conforme con el envejecimiento.